

SERMON

PARA EL PRIMER JUEVES DE
Quaresma.

Sobre la Comunión.

Ait illi Jesus : Ego veniam , & curabo eum
Et respondens Centurio ait : Domine, non
sum dignus, ut intres sub tectum meum.

*Jesu-Christo dixo al Centurion: Yo mismo iré, y
le curaré. Pero el Centurion le respondió:
Señor, yo no soy digno de que entreis en mi
casa. S. Matth. cap. 8. v. 7. & 8.*

VED aquí, Christianos, una especie de contienda entre Jesu-Christo y el Centurion: ¿Pero qué es lo que debe en esta contienda causarnos mayor admiracion, la caridad de un hombre, ó la humildad de un Gentil? Puedo decir que jamás hubo contestacion mas santa, ni mas capáz de instruirnos, y edificarnos juntamente. El Salvador del mundo con un impulso de su caridad bienhechora quiere ir en persona á la casa del Centurion, y el Centurion no se juzga capáz de aceptar esta honra. El Salvador del mundo, cuya misericordia no tiene límites, le dice que él mismo irá, y curará á su criado que estaba paralytico, con su presencia: pero el Centurion confuso de favor tan insigne protesta descubiertamente, que él no le merece, antes se

re-

reconoce por indigno de él: *Domine, non sum dignus.* Atended si gustais. Este hombre es un Gentil, á quien no se le ha anunciado ni revelado aún como á los Judios Jesu-Christo, como Mesias. Y no obstante ser Gentil, se halla yá tan prevenido para con este Mesias, que le habla con una idea tan alta y un respeto tan profundo, que no le dexa consentir, ni aun en recibir su visita. Humildad, exclama San Agustín, que procedió de una fé viva y ardiente, y con un efecto sensible de la gracia del Redentor, formó desde luego de este Gentil, no solamente un verdadero Israelita, sino un perfecto Christiano. Humildad que Jesu-Christo aceptó, admiró, y alabó: pero no obstante no condescendió con ella; antes al contrario, por eso mismo persistió en querer entrar en la casa del Centurion.

Paremos aquí, amados oyentes míos; y para aprovecharnos segun el designio de Dios de tan grande exemplo apliquémonos todo el mysterio de este Evangelio. Porque, como dice San Juan Chyostomo, lo que pasó entre Jesu-Christo y el Centurion se renueva cada dia entre Jesu-Christo y nosotros. Explicome. Este mismo Salvador al instituir la divina Eucharistia, nos dexó un Sacramento por el qual pretendió comunicarse á nosotros, y habitar corporalmente en nosotros, aunque es Dios. Un Sacramento en el qual viene en persona á visitarnos, y á curar nuestras enfermedades espirituales y nuestras flaquezas; Quando nos preparamos para recibirle en este mysterio adorable, nos dice con la misma verdad que al Centurion, *Ego veniam, & curabo*: yo iré, y en qualquier estado de enfermedad que os halleis, os sanaré, si quereis la salud. Y nosotros, con una sincera confesion de nuestra flaqueza y de nuestra nada, le respondemos como el Centurion; no Señor, yo no soy digno de que vengais á mí, ni de que entreis en mí. Porque estas son las palabras reverentes que la Iglesia nos pone en la boca, quando este Dios de la Gloria cubierto con las especies sacramentales está para entrar en nosotros: *Domine, no sum dignus.* Palabras eficaces, que segun el ingenioso reparo de San Agustín, tienen virtud de obrar en el alma un milagro del

Tom. II. Quaresma.

I

to-

todo contrario á lo que significan; pues al mismo tiempo que las pronunciamos, hacen cesar la indignidad que nos atribuimos, y nos dan para con Jesu-Christo y para con el Sacramento de su Santísimo Cuerpo un fondo de merecimiento que no tendríamos sin ellas. Palabras, que con maravilloso secreto de la Gracia nos conducen al termino mismo de donde parece que nos alexan; y pues segun la doctrina de todos los Padres, la primera y mas esencial disposicion para recibir dignamente el Cuerpo de Jesu-Christo, es tenernos, y confesarnos por indignos de él. Palabras en fin que le manifiestan nuestra humildad al Hijo de Dios, sin poner á su caridad estorbo; y están tan lexos de desviarle de nosotros, que antes le sirven de atractivo para que venga,

¿ Pero qué sucede? Seguid mi pensamiento. Nosotros nos aplicamos estas palabras muchas veces en un sentido que dista mucho de la intencion de Jesu-Christo; y por valetnos de ellas segun nuestras inteligencias nos ponemos á peligro de ir directamente contra los fines de este Dios Salvador. ¿ Cómo sucede esto? Vedlo aqui. Jesu-Christo nos busca en este Sacramento, y nosotros nos retiramos de él. El quiere con un exceso de amor honrarnos con sus visitas sagradas, y nosotros nos oponemos á ello. El nos pide la entrada en nuestro corazon, y nosotros con pretextos, no solamente especiosos, sino aun á veces de piedad, se la reusamos. Porque para disculparnos de no recibirle, nos defendemos con nuestra indignidad; y decimos con espíritu muy diferente del espíritu del Centurion: Señor yo no soy digno: *Domine, non sum dignus*. Como esta excusa tiene mas apariéncia, y es la mas común, he juzgado que debo detenerme en ella, no para desvanecerla, ni apoyarla, sino para examinarla en este discurso, y tener lugar de instruirnos en las verdades mas sólidas e importantes, que conciernen á la práctica y uso de la Comunión. ¿ Qué necesidad no tendré para esto de las luces del Cielo? Pidámoslas por la intercesion de la Madre de Dios. AVE MARIA.

Apartarse de la Comunión en vista de la propia indigni-

nidad; es una excusa que segun la calidad y disposiciones de los que se sirven de ella, puede tener muy diversas propiedades; mi designio, cuya idea os doy desde luego, es representaros el dia de hoy la diferencia de estas propiedades, para que hagais juicio de la naturaleza de esta excusa, y de las buenas ó malas consecuencias que pueden sacarse de ella. Porque hay en la Christiandad dos suertes de personas que se fundan en este principio, y pueden decir con el Centurion, Señor, yo no soy digno de que entreis en mi casa. Los justos que viven en la observancia de la ley de Dios, y los pecadores que se han empeñado en seguir los desordenes de una vida delinquente. Por lo que toca á los justos, no se puede dudar que es un afecto de humildad el que los hace hablar de esa suerte; pero el saber hasta que punto se puede llegar con esta humildad, y si es razon que llegue hasta apartarlos efectivamente de Jesu-Christo y del Sacramento; el saber si la privacion de la sagrada Eucharistia se puede tener respecto de un alma justa por un exercicio ordinario de penitencia, y si esta especie de penitencia es conforme á las intenciones del Hijo de Dios, si concuerda con el fin y con la institucion de este mysterio, si corresponde al uso de la primitiva Iglesia, si ha sido recibida ó aprobada por la Iglesia de los ultimos siglos, si los Padres la autorizan, si puede ser de utilidad; en una palabra, el saber si Jesu-Christo, en quanto está contenido en el Sacramento de su cuerpo, tiene por honra que los justos en lugar de allegarse á su Magestad se retiren de él; si es respetarle verdaderamente, en quanto es pan de vida, contentarse con reverenciarle y adorarle, sin alimentarse de él; son quéstiones en que me impiden entrar muchas razones particulares y generales, y os las dexo á vosotros para que las examinéis. Y fuera de que sería muy difícil el deciros cosa nueva sobre este punto, por ventura el fruto sería menor del que debo pretender en un discurso unicamente dirigido á la edificacion de vuestras almas.

Hablemos precisamente de los pecadores, que con mayor razon que S. Pedro le pueden decir á Jesu-Christo:

apartaos de mí, porque soy pecador: *Exi á me, quia homo peccator sum.* (a) A estos los divido como en tres especies. Llamo á los primeros pecadores sincéros; á los segundos pecadores ciegos; y á los últimos pecadores hipócritas y disimulados. Pecadores sincéros, son los que al tratar con Dios tienen buena fé, y no se han engañado á sí mismos. Pecadores ciegos, los que no se conocen, y se engañan á sí mismos. Pecadores hipócritas y disimulados, los que cubren su disolucion con velo de piedad, y pretenden engañar á los otros. Los primeros tienen religion, y obran con espíritu de religion. Los segundos, aunque la tengan, se lisonjean y yerran en creer que obran por ella. Los terceros no la tienen en la verdad, aunque quieren dar á entender que es ella la que gobierna sus acciones. Pues estas tres suertes de pecadores pueden hablar como el Centurion de nuestro Evangelio: *Domine, non sum dignus;* y escusarse de la Comunión, teniendo por indignos de ella. Mas aunque todos igualmente lo digan, no deben todos igualmente ser creídos: porque para continuar explicando mi asunto, en los primeros, esto es en los pecadores sincéros, esta escusa es una razon; en los segundos, esto es en los pecadores ciegos, esta escusa es un pretexto; en los últimos, esto es en los pecadores hipócritas, y licenciosos, esta escusa es un abuso, y aun un escándalo. Esto es lo que tengo que mostraros. Mas no es esto solo: porque añado tres cosas, que os harán conocer estas tres suertes de pecadores, y os servirán de grande enseñanza. Decir, yo no comulgo porque soy indigno, en un pecador sincero es una razon que necesita de aclararse. En un pecador ciego que se lisonjea á sí mismo, es un pretexto, y es importante el quitarle este pretexto. En un pecador hipócrita es un abuso y un escándalo; es obligacion mia hacer guerra á este escándalo y á este abuso. Ved ahí toda la materia de vuestra atencion.

I. PAR-

(a) Luc. 5. v. 8.

I. PARTE.

Para explicar bien mi primer pensamiento, sabed que hablo de un pecador que en medio de sus desordenes conserva el fundamento de su fé, y á lo menos trata con Dios con buena fé y sinceramente; que reconoce el infeliz estado de su conciencia, confiesa su pecado, le gime y le llora: mas con todo eso no se siente aun con perfecta disposicion para dexasle. Apartarse en este caso de la Comunión, porque está indigno de ella, confieso que es una razon bien fundada; pues es evidente, y aun de fé, que el pecador mientras dura su pecado no puede llegarse á este Sacramento sin incurrir en un sacrilegio enorme. Pero digo, amados oyentes míos, que esta razon tiene necesidad de aclararse, haciendolos ver que el pecador no debe parar ahí; es decir, que no debe de tal suerte retirarse de la Comunión por su indignidad, que juzgue que absteniendose de la participacion de este divino mysterio ha satisfecho enteramente á su obligacion; antes debe estar persuadido de la verdad de otro principio no menos esencial, ni menos indubitabile; quiero decir, de la obligacion que tiene de salir quanto antes y sin dilacion del estado de su culpa, para poder ser admitido á la mesa del Señor. De suerte que la misma Comunión le sirva de motivo y muy urgente, que le ponga en necesidad de convertirse; y que con la consideracion de este Sacramento adorable, de que le tiene retirado su culpa, haga los ultimos esfuerzos para merecer llegarse á él con una verdadera y pronta penitencia. Esta es, si conoce bien sus obligaciones, la disposicion que debe tener, sin la qual pretendo que no hay solidéz en sus procederes.

Porque la principal maxima sobre que se debe mover toda la conducta de un pecador en lo que toca á la práctica de la Comunión, es no separar jamás estas dos verdades, que son dos reglas inviolables en la Christianidad; la una, que Jesu Christo nos manda alimentarnos de su carne; y la otra, que nos prohibe alimentarnos de ella indignamente.

namente; la una, que la carne de este hombre Dios debe ser manjar de nuestras almas; y la otra, que este manjar, aunque por sí es saludable, se convierte en ponzoña para qualquiera que le recibe en estado de culpa: la una, que como es posible mantener la vida natural sin el socorro de los alimentos, así tambien es imposible mantener sin la Sagrada Comunión la vida de la gracia; y la otra, que como los alimentos en un cuerpo enfermo están tan lexos de fortalecerle y alimentarle, que antes le debilitan y le estragan, hasta llegar à destruir el principio de la vida; así la Sagrada Eucaristía da la muerte à los que son tan temerarios, que sin haber purificado su corazon tienen atrevimiento de recibirla. Si el pecador toma estas dos verdades separada la una de la otra, se descamina y se pierde; pero si abraza las dos juntas, empieza à entrar en el camino de Dios. Porque discurrirá así. Jesu-Christo me prohíbe alimentarme de su carne, y me aparta de sí quando reyna en mí el pecado; luego no debo alimentarme de ella en el estado en que me hallo. Pero me advierte él mismo por otra parte, que si no me alimento de ella, no tengo en mí, ni puedo tener aquella vida sobrenatural, en que consiste la santificación y la felicidad de los justos; luego es necesario à qualquiera, costa salir del estado en que vivo, para hacerme capáz de este alimento. Yo no puedo dispensarme en la obediencia de uno ni otro mandamiento de estos dos; del primero, por el interés de Jesu-Christo; del segundo, por mi interés propio. Si comulgo indignamente, profano el cuerpo del Señor; y á este interés de Jesu-Christo debo atender. Si no comulgo, soy homicida de mi alma, privandola de lo que solo la puede sustentar y hacer que viva; y este es mi propio interés que debo poner en salvo. Si cómo este pan de los Angeles siendo pecador y permaneciendo pecador, le cómo para mi condenacion. Mas por otra parte, si no le cómo ciertamente pereceré. Luego no tengo otro partido que tomar, y conviene necesariamente tomarle, que mudar de vida, salir del pecado, volverme á poner en gracia de Dios, y ponerme en estado de comer este pan vivo, para que

que me verifique. Porque así satisfaceré à lo que mira à la honra de Jesu-Christo, y con lo mismo satisfaceré à lo que mira à mi interés particular. Así cumpliré todo lo que Dios pretende de mí, y es que coma y viva con este pan, alimentandome de él utilmente. Así discurrirá, y este discurso le determinará infaliblemente à su conversion; pero si solamente mira su indignidad, se estará siempre parado en una vida llena de pecados, sin resolver nada en orden à su salvacion, ni dar un paso para convertirse à Dios perfectamente.

Pues este principio que el pecador deben aplicarse à sí mismo, es tambien del que se deben servir los Ministros de Jesu-Christo, quando se emplean en su instruccion. Jamás deben proponerse el uno de estos dos preceptos que acabo de explicarlos, sin hacerle acordar al mismo tiempo del otro. ¿Por qué? Porque el uno sin el otro le será inútil, y aun nocivo. Si le representais siempre al pecador el horroroso peligro de una Comunión indigna, sin hablarle jamás de la necesidad de una buena Comunión, haréis que nunca comulgue, contra el mandamiento del Hijo de Dios: *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, non habebitis vitam in vobis.* (a) Al contrario; si solamente le hablais de la necesidad de comulgar, sin hacerle jamás temer el riesgo de una Comunión indigna, le poneis en ocasión de comulgar muchas veces imperfectamente y aun sacrilegamente, contra el precepto de San Pablo: *Præbet autem se ipsum homo.* (b) Y ved ahí amados oyentes míos, (permitidme que haga aquí una reflexion, en que estoy cierto que os conformaréis con mi sentir) ved ahí el origen de todos los males que ha producido la diversidad de opiniones que ha habido en la Iglesia, y muchas veces han dividido los entendimientos en orden à la práctica del Sacramento de nuestros altares: estrechando los unos su zelo hasta intimidar à los pecadores, y apartarlos de los sagrados mysterios, repitiendoles mil veces aquellas palabratestribles: *Qui manducat indigne, judicium*

(a) Joan. 6. v. 54. (b) Cor. 11. v. 28.

sibi manducat, & bibit: (a) y convidandolos siempre los otros con aquellas palabras llenas de consuelo: *Qui manducat hunc panem, vivet in æternum*: (b) reduciendo los primeros toda su conducta à poner horror à las Comuniones indignas, y pareciendo que los segundos encaminan toda la suya à excitar en los corazones el deseo de una Comunión santa; y así, no se unían perfectamente los unos y los otros para la execucion de los designios de Jesu-Christo. Si se hubieran convenido entre sí, de la diversidad de sus sentimientos se hubiera formado un admirable temperamento, de que se hubiera aprovechado la Iglesia; y fuera un gran medio para santificar los pecadores. Pero como no se acordaban, y por ventura cada uno de ellos abundaba en su sentir, ni los pecadores ni la Iglesia sacaban el provecho que Dios pretendía. Porque los que no tenían en la boca sino los anatemas de la palabra de Dios contra los abusos de la Comunión, sin decir jamás cosa que pudiese servir de atractivo para este Sacramento, iban poco à poco à destruir su uso, y hacer que se apartasen de la mesa del Esposo todos los convidados; pero los que no pensaban sino en dar una idea grande de los frutos de la Comunión, y se proponían por fin el traer à la mesa del Salvador un gran numero de convidados, se ponían à riesgo (como los siervos de la parábola) de traer à ella indiferentemente à los buenos y à los malos. Lo que decían por una y otra parte podia ser verdadero; y no obstante, ni de una parte ni de otra decían lo que había de producir el cabal efecto del Sacramento de Jesu-Christo, porque no decían mas que una sola parte. ¿Pues qué es lo que convendría? Esta es la juiciosa advertencia del Santo Obispo de Ginebra. Convenia decirlo todo, y juntar con las amenazas de los unos los convites de los otros. Convenia decir à los pecadores: temed el llegar à esta santa mesa, y temed el no llegarlos. Temed el llegar, si no traéis el vestido nupcial que es la gracia: temed el

no-

(a) Ibid v. 29. (b) Joan. 6. v. 59.

no llegarlos, porque solamente son excluidos de ella los enemigos de Dios. El manjar que se os ofrece será mortal para vosotros si no le sabeis discernir justamente con el espíritu de la fé; pero entendad tambien que es un manjar saludable, y que sin él, ni el Hijo de Dios estará en vosotros, ni vosotros en él. Y así, temblad al recibir este alimento; porque un temblor respetuoso es una de las disposiciones necesarias para recibirle; pero temblad aun mas si no le recibis, porque no quereis traer la disposición necesaria para recibirle. Así se había de hablar.

Así hablaron todos los Padres de la Iglesia, quando hablaron sobre este punto. Como estos grandes hombres eran regidos del Espíritu de Dios, pensaron en separar estas dos cosas, que sabían bien que jamás estuvieron separadas en la intencion del Salvador del mundo. Examinémonos, dice el Chrysostomo, y juzguémonos; no sea que participando el Cuerpo de Jesu-Christo, hagamos que vengan sobre nuestra cabezas brasas ardientes, esto es, la indignacion de Dios y sus venganzas; así se explicaba este Padre, y bastaban estas palabras para inspirar horror en los Fieles que ofan. Mas al mismo tiempo las suavizaba diciendo: no os digo esto para que no le participeis, no lo permita Dios: sino para empeñaros en que le participeis con las disposiciones, y según las reglas que la ley de Dios os prescribe: *Hoc autem non dico, ut non accedatis; sed ut temerè non accedatis*. Porque así como (proseguía el Santo) el participarle indignamente es arriesgarse à la perdicion, el no participarle es la ruina y muerte del Cristiano: *Hanc sicut temerè accedere periculum est, ita omnino non accedere fames est, & mors*. Yo veo, decía San Agustin, que algunos de vosotros se retiran de la Comunión, porque se hallan con culpas graves: *Adverto nonnullos ex vobis Communionem declinare; idque ex conscientia gravium delictorum*. Y yo, decía sobre eso el Santo (importante decision de este Santo Doctor) yo les digo claramente, que si se paran precisamente en eso, lo que unicamente hacen es aumentar el peso y el numero de los pecados, cometiendo sobre los demás un nuevo pe-

cado, y privandose del mas necesario y soberano remedio: *Hoc est enim reatum congregare, & remedium declinare.* Pues yo os conjuro, hermanos míos, conclufa el Santo, que si alguno de vosotros se halla indigno de la Comunión, se aplique á hacerse digno de ella; porque el que no es digno de este Sacramento no es digno de Dios: *Quapropter hortor vos, fratres, ut si quis ex vobis indignum se Communione Ecclesiastica putat, se dignum faciat.* Así hablaban los Padres. Pues lo que estos decían general y absolutamente, es aun mas verdadero en este tiempo santo, en que el precepto de Jesu-Christo determinado por la Iglesia impone à los Fieles expresa y particular obligacion de comulgar. Esta es la celebridad de la Pasqua, para la qual nos debemos preparar todos los dias de la Quaresma, y no puede solemnizarse en la Christiandad sin comer aquel Cordero, que es Jesu-Christo. Porque amenazar en este tiempo à un pecador con la indignacion de Dios, si es tan temerario que se atreva à comulgar en el estado de su culpa, y no amenazarle con la indignacion del mismo Dios, si no dexa su pecado y comulga para cumplir este mandamiento: *Nisi manducaveritis*, es mas que instruirle à medias, y darle ocasion para fomentar su impenitencia con ese motivo. Es necesario significarle el orden del Soberano Maestro, diciendole lo que el Salvador del mundo envió à decir con dos de sus discipulos à aquel hombre cuya casa habia escogido para celebrar la Pasqua en ella: *Magister dicit apud te facio Pascha.* (a) En vuestra casa, hermano mio (asi se le debe hablar à un pecador) en vuestra casa, ò por mejor decir, en vos se ha de cumplir el mysterio de la Pasqua, pues se llega el tiempo en que Jesu-Christo, que es la verdadera Pasqua de los fieles, quiere y debese recibido de vos en el Sacramento adórbale de la Eucharistía. Si no estais dispuesto para él; por eso mismo se os anuncia con tiempo para que os dispongais, y para que os dispongais sería, pronta y eficazmen-

(a) Math. 26. v. 18.

te. No hay para vos medio en este punto. Si os quedais en vuestro pecado y no os disponeis, no podeis dexar de ser, ò profanador, ò desertor de Jesu-Christo: profanador, si le recibis esta Pasqua sin estar prevenido con una conversion sincera; desertor, si por no estar dispuesto y convertido no os hallais en estado de recibirle. Pretender que se os ha hecho agravio en reducirlos à este extremo, es querer censurar la conducta de la Iglesia vuestra madre, y de Jesu-Christo que es vuestro Dios. Decir que este extremo os puede ser causa de abusos, es querer justificaros con vuestro mismo desorden, que consiste en abusar de todo, y aun de las cosas mas sagradas. Mas sea de esto lo que fuere, la Iglesia, en virtud del poder que tiene de atar y desatar, tiene derecho de castigar vuestra desobediencia segun los sagrados Cánones, con apartaros de su Comunión como à miembro escandaloso, quando por la dureza de vuestro corazon, ò por una aficion obstinada al objeto de vuestra pasion llegais à separaros de la Comunión del Cuerpo de Jesu-Christo. No intenta con eso armaros algun lazo, ni exponeros al peligro de añadir pecado à pecado, sino como una madre zelosa ha pretendido obligaros indispensable y necesariamente à lo mas sagrado y mas saludable para vos, que tiene la Religion Christiana que profesais. Para esto es necesario romper vuestras prisiones, y salir de esas ocasiones en que estais de pecado; pero á esto tira derechamente el precepto de la Comunión. Para esto es necesario sacaros los ojos que os escandalizan, es decir, retiraros de ese comercio que es el escándalo de vuestra vida; pero en eso mismo debeis admirar el precepto de la Comunión que os fuerza, por decirlo así, á que hagais aquello en que segun Dios debe consistir toda vuestra dicha.

Y à la verdad, ¿qué intencion ha tenido la Iglesia al establecer estas leyes rigurosas contra los pecadores obstinados que desobedecen sus ordenes, y no cuidan de celebrar la Pasqua? Lo que ha querido la Iglesia ha sido obligarlos, necesitarlos; y pues el mismo Espiritu Santo se explica así, forzarlos de algun modo á purificarse por la pe-

nitencia , para merecer ser admitidos à la mesa de Jesu-Christo: *Compelle intrare.* (a) Esta es la provechosa violencia de que antiguamente se valia , y la fuerza santa que hacia á estas suertes de pecadores. Porque no dexando por ser pecadores de ser Christianos é hijos suyos , se prometia de su religion y de su fé , que no serian tan obstinados , que llegasen à esta mesa santa sin haberse antes probado à sí mismos. Tambien ellos , aunque pecadores , movidos de un religioso respeto y de una veneracion profunda á este Sactamento , hacian con la mira de recibirle lo que sin ella jamás hubieran hecho ; quiero decir , se veian en ellos mudanzas y reformas , en las quales ningun otro motivo los podria empeñar. Esta obligacion de alimentarse de la carne de un Dios , y por otro lado este horror de recibirla indignamente , los convertia , los hacia tomar todas las medidas necesarias para volver à la gracia de Dios , y arancaba de sus razones las pasiones mas dominantes. Vosotros mereplicaréis , que de eso nacian tambien los sacrilegios ; y yo os respondo , que no hay cosa tan santa que no pueda profanarla el hombre ; pero siempre es verdad que el peligro de esta profanacion no le estorbó al Salvador del mundo para obligar à todos los fieles à recibir su carne sopena de una muerte eterna : y que la Iglesia su Esposa no se hubiera conformado con sus fines , si quando íntima à los fieles el anatéma de San Pablo contra las Comuniones indignas , no los estrechára à la feliz necesidad de Comuniones utiles y santas.

No obstante , amados oyentes míos , mirad los dos escollos adonde conduce hoy el espiritu del siglo por no juntar estas dos verdades. Con tal que se persuada à un pecador , y se consiga de él que en lo exterior cumpla con lo que debe hacer como Christiano , y que se llegue à los altares , se cree que es mucho lo que se ha ganado. Con esto solo se alaba su Religion , no se duda de que está convertido , no hay cosa que no se prometa de su perseverancia:

(a) Luc. 14. v. 23.

cia : este es el primer escollo. Mas tambien por otro lado , con tal que se le dé à entender à un pecador , que no puede llegarse à comulgar mientras está en la costumbre de su pecado , se cree que está hecho todo ; y si este pecador confesando su indignidad se aparta de los altares , basta para quedar contentos , como si con eso hubiera cumplido toda justicia. Con esto se le tolera y sufre su vida desenfrenada. No parece sino que con retirarse de la Comunión cubre todo lo demás , y le es licito coneso vivir con impunidad segun todos los deseos de su corazon. Del primero de estos dos abusos ¿ qué se sigue ? Que haya entre los que comulgan tantos débiles , tantos somnolentos , tantos enfermos , y por valermé del termino de San Pablo , tantos que duermen el sueño de la muerte : *Ideo inter vos multi infirmi , & imbecilles , & dormiunt multi.* (a) Y con el segundo ¿ qué sucede ? Que entre los que no comulgan haya tantos escandalosos , que están el día de hoy como en posesion de no dar à la Iglesia muestra alguna de Christiandad ; pues la muestra mas esencial que nos distingue como Christianos , segun el Apostol , es la participacion del cuerpo de Jesu-Christo. De ahí es , que por un exceso de relaxacion , y por una prescripcion infeliz , ya casi no se estraña el ver hombres y mugeres del siglo , que con notoriedad pública parece que muchos años há libre y voluntariamente se han descumulgado à sí mismos ; y que con desprecio de la Religion no sirven yá de nada aquellos cánones y leyes tan santas que castigaban semejante desorden. Descaecimiento que tiene llenos de amargura à los verdaderos Pastores , y los pone en inquietud , quando ven la perdicion de tantas almas. Y todo esto nace , vuelvo à decir , de que no se les instruye bastantemente à los pecadores en lo que deben hacer ; porque no se les hace que conozcan hasta donde se estiende su obligacion ; porque solamente se les hace evitar un escandalo , pero con otro ; el escándalo de una mala Comunión con el escándalo de la

(a) 1. Cor. 11. v. 30.

la impenitencia y de la irreligion; ò el escándalo de la irreligion y de la impenitencia con el escándalo de la mala Comunión; en lugar de hacerlos que entiendan bien, que no basta quitar el uno ò el otro escándalo, sino que es menester quitar uno y otro.

Este Sacramento, mi Dios, se instituyó para los pecadores como para los justos. Yo no digo para los pecadores impenitentes, sino para los pecadores convertidos, para los que han mudado de vida, y se han restituído à la gracia. Quando estuvisteis en el mundo, adorable Salvador mio, no os dedignasteis de comer en la mesa de los pecadores; ahora con una disposicion muy diferente, pero siempre con el mismo espíritu, admitis à los pecadores que hacen penitencia en vuestra mesa; y como entonces comiais en la de los pecadores que vuestra gracia convertia, con mucho mas gusto que en la de los Fariséos hinchados y soberbios; así puedo decir para consuelo de mis oyentes y mio, que no hay Christianos que hallen en Vos mas favorable acogida, que los pecadores que se convierten y dexan sus culpas por volverse à allegar à Vos. Pero esto, como dixé, supone que son pecadores sinceros, y que proceden con buena fé: porque si son mundanos que se ciegan y se lisonjéan, el imaginado respeto que alegan para retirarse del Sacramento de Jesu-Christo, no es razon que necesita de aclararse, sino pretexto que es necesario desvanecer: y es lo que intento en la segunda parte.

II. PARTE.

No hay cosa mas util que el espíritu del mundo, ni mas artificiosa para dar à las cosas el color y forma que quiere quando pretende deslumbrarnos y engañarnos en el juicio que debemos hacer para discernir los caminos de Dios. Porque en tal caso no hay motivo especioso que no nos represente, y muchas veces nos dexamos engañar hasta llegar à persuadirnos, que aun retirándonos de Dios le honramos. Este es el carácter de los otros pecadores, de los cuales voy à hablar ahora; quiero decir, de aquellos

ellos que preciándose de tener Religion, y de obrar con espíritu de Religion, se engañan à sí mismos; y apartándose del camino derecho, y llano de la verdad, se fabrican un error craso de su imaginada humildad. Declarome. Dicen estos, y aun lo creen así, que se retiran de la Comunión por respeto, porque conocen delante de Dios que son indignos de ella. Mas yo digo, que este respeto en ellos es vano. Pretendo, y voy à hacer que vean con evidencia, que este respeto segun le practican, y examinándole segun sus circunstancias, es un respeto falso. Ultimamente añado, que es un respeto que no tiene conformidad alguna con el que siempre han mostrado los Christianos verdaderos, quando se han retirado del Sacramento de Jesu-Christo segun las reglas y espíritu de la Iglesia. Tres reflexiones importantes, con las quales intento no confundirlos, sino confundir en ellos el espíritu del mundo que los ciega; y por llevarlos al precipicio y à la perdicion, hace que aun en la misma indevocion aparezca un falso resplandor de devocion delante de sus ojos.

Digo que es un respeto vano; ved aquí la prueba. Porque ¿qué viene à ser lo que llamo respeto vano? Es un respeto que no ha nacido, que no tiene consecuencia ninguna, con él nada se consigue, y no obliga à hacer alguna cosa para hacerse menos indigno de Jesu-Christo y de su Sacramento; él dexa al pecador con las mismas imperfecciones, y no le hace mas constante, ni mas ajustado, ni mas virtuoso, en una palabra, es un respeto, cuya calidad es apartarse de la Comunión unicamente. ¿No es este evidentemente un respeto inutil y sin fruto? Pues tal es el respeto de los pecadores, à quienes dirijo esta segunda instruccion; y si saben hacerse justicia à sí mismos, ellos serán los primeros que lo conozcan. Y en efecto; si el respeto que tienen, ó juzgan que tienen à Jesu-Christo, fuera el verdadero motivo que los retira de la Comunión, este motivo à fuerza de obrar en ellos, y de hacer impresion en sus corazones, los empuñara en alguna cosa mas; y por poca eficacia que tuviese à lo menos se reconoceria en su porte, que están movidos. Pues esto es lo que denuncian

mayor accion de la Christiandad, y en las disposiciones necesarias para ella, viniera yo jamás á abrir puerta para las mas leves relaxaciones. Lo que llamo quitar á un alma mundana este pretexto, es obligarla á hablar como debe, y á que no diga: me retiro del cuerpo de Jesu-Christo porque le respeto; sino que diga con mas razon: me retiro de él, porque soy un alma libre, y no quiero sujetarme á las leyes santas que mi Religion me prescribe para llegarme á él. Me retiro de él, porque soy un alma distraida, que no pienso sino en el mundo y en mis placeres. Me retiro de él, porque soy un alma cobarde, y no tengo aliento para hacer ni emprender nada por mi salvacion. Me retiro de él, porque tengo en los negocios temporales un ardimiento, que me seca el corazon, y endurece para con Dios. Me retiro de él, porque no puedo resolverme á mortificarme, ni hacerme la mas leve violencia. Me retiro de él, porque quiero vivir sin regla, y segun mi capricho. Obligar, digo, á los mundanos á que confiesen esto, mostrarles en consecuencia de ello el desorden de su proceder, la injuria que hacen á Jesu-Christo haciendo tan poco caso de su adorable Sacramento; hacerlos que entiendan bien, que Jesu-Christo no solamente no tiene eso por honra suya, sino que antes es ultrajarle, irritarle, y hacerse digno de aquella terrible maldicion en que concluye su Magestad la parábola del Evangelio: *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit cenam meam.* (a) Mi mesa está dispuesta para ellos, y ellos han buscado pretexto para retirarse; pero yo sabré castigarlos bien su delito; porque os aseguro que ninguno de ellos será admitido al sagrado convite que los habia preparado. Este es el modo de desengañarlos de la ilusion peligrosa que los ciega. ¿Quántas veces, amados oyentes míos, se ha cumplido á la letra esta prediccion del S. Ivador, aunque no sea, si así os parece, mas que prediccion comminatoria? ¿Y quántos Christianos, por haber dexado en vida el uso de la Comunión, por justo y

(a) Luc. 14. v. 24.

secreto juicio de Dios han sido privados de ella en la muerte? Pero pasemos adelante.

No solamente es respeto vano, sino falso: porque no está acompañado de dos condiciones esenciales que debe tener. La una es el dolor vivo de estar apartado del cuerpo de Jesu-Christo; la otra es el deseo ardiente de llegarse á él: dos condiciones inseparables del verdadero respeto, mas no las hallará el mundano en su corazon, si quiere entrar bien dentro de sí mismo. Dolor vivo de estar apartado del cuerpo de Jesu-Christo; porque si yo honro á Jesu-Christo como debo, si tengo con Jesu-Christo aquel afecto respetuoso de que me precio, debo mirar como sumo bien mio estar unido con él en esta vida por medio del Sacramento que él mismo instituyó para mantener una union inefable y santa conmigo: de donde por la misma regla se sigue, que debo mirar como sumo mal el estar separado de este Sacramento, cuya participacion es la prenda de mi bienaventuranza, ó por mejor decir, es una bienaventuranza anticipada. Y esto comprehendia el Chrysostomo quando decia hablando de la Comunión: *Unus sit vobis dolor hoc esse privari.* (a) Vuestro principal dolor, hermanos míos, ó por mejor decir, vuestro unico dolor sea el estar privados de este alimento celestial que es la carne de Jesu-Christo. Vuestro unico dolor: *Unus dolor*; porque en su comparacion ¿qué son las demás cosas que os afligen? Pues si es verdad que tengo al Sacramento de Christo todo el respeto que se le debe tener, y todo quanto quiero dar á entender que le tengo, nada debe causarme mayor desconsuelo ni mayor dolor, que el verme privado de este manjar divino: y esto es lo que me ha de dar mas sentimiento que quantas pérdidas y desconsuelos hay en el mundo. El pensamiento de que estoy separado de Dios, debe (si tengo fé) causarme un sumo temor, y una afliccion de espíritu semejante á la que sintió Esau quando se vió excluido de la bendiccion de su Padre; y por ahí entro comi-

(a) Chrysost. hom. 66. ad pop. Antioch.

Christiano en el sentimiento del Chrysostomo: *Unus sit vobis dolor hac esca privari.*

Este dolor es mas vivo aun , y puedo reprehenderme à mi mismo, por ser yo quien me aparto de él por mi infidelidad , quien me aparto de él por una terca afición al objeto de una pasión infame , à cuya esclavitud me he sujetado , y quien me apartó de él , por no quererle hacer à Jesu-Christo el sacrificio que aguarda de mí. ¡Mas cuánto mayor sentimiento , si comprehendo la infelicidad de una separacion tan triste ! Quando la Iglesia practicando con los primeros Christianos todo el rigor de su disciplina los apartaba de la Comunión por algun tiempo ¿qué hacían ellos , y qué sentimientos eran los suyos ? Los Padres nos enseñan que caían en la mas profunda tristeza , que gemían , suspiraban , derramaban arroyos de lagrimas , y miraban este estado como una reprobacion temporal. De este modo , aunque estaban apartados de Jesu-Christo , mostraban un respeto sólido para con él. Mas estos mundanos de que hablo ¿ han sentido jamás las impresiones de este Christiano y religioso dolor ? Apelo al testimonio de su corazon , y atestiguo esta verdad con ellos mismos. Quando están apartados de la Comunión , ¿con qué tranquilidad no llevan este desvío ? ¿Con qué indolencia no se ven separados del Dios de su salvacion ? ¿Con qué insensibilidad no se acostumbra à este retiro , no solamente llegando à no sentir afliccion , sino aun à hallar en eso mismo su consuelo ? La Comunión , en la corriente de su vida mundana , les sirve de una carga muy pesada , y se descargan de este peso : la Comunión turba ó interrumpe sus vanos placeres , y por gozarlos sin interrupcion y sin inquietud , la dexan fuera menester para comulgar vivir con mas cuidado , y reprimirse à sí mismos ; y tienen por mas conveniencia el no comulgar y abstenerse de la mesa sagrada . ¿ Con estas disposiciones me persuadirán que tienen el respeto que se debe al cuerpo de Jesu-Christo y à su Sacramento ? ¿ Y si aun pretenden persuadirlo no tengo yo derecho para no creerlos ?

Es respeto falso , porque no está acompañado de algun de-

deseo de la Comunión. Esta es otra prueba contra ellos. Para entender esto , observad bien lo que añado : el respeto que debo tener à Jesu-Christo , puede alguna vez empeñarme en retirarme de la Comunión por algun tiempo ; mas no debe jamás , si es verdadero , apagar en mí , ni aun disminuir el deseo de la Comunión. Al contrario , en cierto sentido debo desear con mas viveza la Comunión , quanto mas indigno de ella me conozco. Porque es evidente , que por lo menos en este deseo hay algun recurso contra mi indignidad. Y en efecto , este deseo es el medio con que me vuelvo à Jesu-Christo , y en fuerza de él procuro otra vez llegarme à él. Este deseo me hace buscar todos los medios para ese fin ; por él venzo todos los estorbos , y soy fiel en executar todas las resoluciones. Mientras dura en mí este deseo , dura tambien el principio de la vida , y no hay cosa de que yo no sea capaz ; como al contrario , cesando este deseo , estoy como muerto , faltandome todos los afectos que me llevan à Jesu-Christo , y me instan para que me vuelva à él : de donde se sigue , que no solo subsiste mi indignidad , sino que es como llegar à ser consumada el apagarse este deseo. Es una indignidad consumada , cuyas honrosas consecuencias no temia exagerar San Ambrosio quando decia , que la falta de este deseo no era menos que un presagio de la futura reprobacion. Ah ! Señor , decia el Santo ; este pan adorable de la Eucharistia es del que está escrito , que perecerán todos los que se alejan de Vos : esto es , que apartaréis de Vos à todos los que pierden el deseo de unirse con Vos : *Domine , de hoc pane scriptum est : omnes qui elongant se à te peribunt.*

Asi lo entendian perfectamente los primeros fieles. Vuelvo otra vez à su exemplo , y por mucho que insistan en proponerlosle , no será demasiado. Por esto , al estar privados del uso de los sagrados mysterios y de la Comunión , mostraban una ansia tan viva y tan ardiente de ser restablecidos en él. Por esta razon le pedian con tanta instancia ; y postrados à los pies de los Sacerdotes , los conjuraban por las entrañas de la misericordia de Jesu-Christo ,

to, que les abreviasen aquellos dias infelices en que vivian separados de su Salvador. Para esto se valian de la intercesion de los Martyres; y en esto (dice San Cypriano) mostraban su respeto, y que su respeto era verdadero; Pero qué hace el mundano? Contentandose con serles semejante en esta triste separacion, pone poco cuidado en imitarlos en lo restante; y confundiendo con la Comunión el deseo de comulgar, renuncia lo uno y lo otro, y no le queda para con el Sacramento de Jesu-Christo, sino una indiferencia que debiera infundirle horror. Porque ved ahí, amados oyentes míos, lo que tan amargamente lloraban los Padres de la Iglesia; lo que miraban como una de las plagas, y como una de las infelicidades mayores de su siglo; con lo que daba en cara el Chrysostomo con tanta fuerza al pueblo de Antiochia. ¿Qué vergüenza, les decia el Santo, hermanos míos, es ver vuestra frialdad, quando se os habla de recibir al Santo de los Santos? Se trata de un espectáculo en vuestra Ciudad, y una gran multitud vá corriendo á él; pero nada basta para atraeros, quando se intenta que vengais á tener parte en el sacrificio de nuestros altares. Todas vuestras plazas públicas, todos vuestros anfiteatros están llenos; y la mesa de Jesu-Christo está vacía. En vano estamos de continuo en ella para distribuir los dones celestiales; ninguno de vosotros se pone delante. Jesu-Christo en persona os aguarda, y está desamparado de todos. Unas veces les representaba este Padre el ansia con que concurrían á oír sus sermones, al mismo tiempo que era tan tibia la que mostraban de recibir de sus manos la prenda preciosa de su bienaventuranza. Otras veces se lamentaba de su dureza para con este Sacramento de amor. Otras les ponía delante las funestas consecuencias de este respeto mal entendido de que se querian valer; y del abuso que hacian de él. Imaginad, amados oyentes míos, que es aun el mismo San Juan Chrysostomo el que os habla en este lugar, pues efectivamente es el mismo; ó dad gracias al Cielo, porque desde entonces le inspiraba á este hombre grande lo que debe confundir el dia de hoy vuestros

tros

tros lastimosos pero perjudiciales errores.

Dixe por ultimo, que el respeto en que estriban los mundanos para apartarse de la Comunión, no tiene conformidad alguna con el de los primeros siglos de la Iglesia. La prueba de esto es sensible. Porque en aquellos siglos floridos de la Christianidad, todo el tiempo que estaba un pecador separado del cuerpo de Jesu-Christo, vivia en los ejercicios de una penitencia trabajosa, á que él mismo se condenaba, y á cuyos rigores se sujetaba con aliento; y esta penitencia (segun las leyes de la Iglesia) no era una ceremonia pura, pues consistia en austeridades muy penosas. La abstinencia y el ayuno, el saco y la ceniza, el cilicio y las aflicciones del cuerpo la acompañaban inseparablemente. Y esto para mostrar lo que el pecador honraba á Jesu-Christo, pues venia bien en sujetarse á ejercicios tan rigurosos, y darle una satisfaccion como esa á costa de sí mismo. Pues confesemoslo para nuestra confusion; semejantes pruebas no son del gusto ni de la devocion de los mundanos. Sea el que fuere el respeto de que se precian con Jesu-Christo, no quieren que les tenga tanta costa. Ciegos del espíritu del mundo, digo con el espíritu de delicadeza, pretenden dar una satisfaccion que les tenga mejor cuenta. Toda su penitencia para en no comulgar, y esta penitencia no los desacomoda. Está tan lejos de desacomodarlos, que se acomoda á sus inclinaciones, les dá ocasion para vivir con mas libertad; digamoslo mejor, con mayor disolucion. Porque á esto lleva el pretexto de este fingido respeto; y pluguiese al Cielo, que fuese una chymera, y no una verdad lo que intento aqui destruir. Acabo diciendo, que es un escándalo en el pecador hypócrita este imaginado respeto. Esta es la tercera parte.

III. PARTE.

Es máxima comunmente recibida, que lo que en sí mismo es bueno, no siempre lo es mirando al principio de donde nace; y una de las reglas de la prudencia humana es

te-

tener por sospechosas las cosas mas saludables , quando descubrimos que está inficionada y emponzoñada la fuente de donde proceden. Pues bien podemos, y aun debemos aplicar esta regla à lo que concierne à la Religion, y à los exercicios de piedad. No sé , Christianos, si habeis hecho alguna vez una reflexion que me ha parecido muy sólida , y estoy cierto de que comprehendéreis mejor que yo su verdad; conviene à saber, que quando se han levantado contiendas en la Christiandad sobre la anchura ó el rigor de la disciplina , ciertos licenciosos del mundo casi nunca han dexado de declararse por el partido del rigor; no para abrazarle y seguirle en la práctica , disposicion de que estaban muy distantes, sino por un proceder de capricho para tener el gusto de hablar en ese punto , ó por un oculto interés para servirse de él como de un velo capáz de encubrir otros designios. Asi se han visto tantas veces hombres por otro lado empeñados en los desordenes mas infames , igualmente estragados en el espíritu y en el corazon , vanos , sensuales , y amantes de sí mismos, que han sido los primeros y los mas ardientes en la apariencia, en explicarse à favor de la reforma, y en mantenerla. Asi se han visto mugeres demasiado conocidas por lo que habian sido , y por ventura por lo que eran aun , à las quales lo pasado por lo menos las debia cerrar la boca , que han venido à ser las mas eloquentes en quanto al estrago de las costumbres , no hallan cosa que les parezca bastantemente exácta ni bastantemente rígida en la policia de la Iglesia , y continuamente apelan de ella à los Cánones antiguos, en el rigor con que en su institucion primera se observaban. Pues este zelo de la pureza de las costumbres y de la perfeccion de la Christiandad ¿no es loable en un Christiano? Sí, responde San Bernardo; mas quanto es loable en un Christiano, tanto (por no decir mas) es equívoco y dudoso en un disoluto; debo segun el precepto de Jesu-Christo desconfiar de él , como de la mas peligrosa hypocresia.

Pues lo que reparaba en general San Bernardo en lo que toca à la pureza y regularidad de las costumbres, se

ha

ha verificado aún mas particular y sensiblemente , y cada dia se verifica en lo que toca à la Comunión. Porque ¿qué sucede? Vosotros lo sabeis ; se ha hablado , y con razon, de los abusos que se cometian , ó podian cometerse en la frecuencia del Sacramento del altar, de la suma facilidad que era de temer hubiese en admitir los pecadores à recibirle, de la necesidad de apartar de él por algun tiempo à ciertas almas que no se aprovechaban de su uso , y de la prudencia con que debian gobernarse los pastores en este punto. Todo esto era bueno , santo y edificativo; y yo no dudo (atended à lo que voy diciendo) no dudo, que los verdaderos fieles, movidos del interés de Dios y de su Iglesia , han tenido muy puras intenciones al mostrar su zelo en esta materia. Mas lo que me asombra es, que unas personas de carácter totalmente contrario, quiero decir , los licenciosos del siglo, hayan pretendido ser de este partido, y que ingiriendose en una causa, que por parte ninguna les tocaba , se hayan mostrado à veces los mas zelosos y ardientes en encarecer el respeto debido al Sacramento de Jesu-Christo y à su cuerpo adorable. Lo que me asombra es, que hombres tenidos por de poca Religion , hombres envueltos en los últimos desordenes , hayan afectado hablar con mas calor contra las Comuniones frequentes , se hayan escandalizado mas al descubierto en esta materia de las menores anchuras , reales ó imaginadas , y hayan entrado en esta question como en interés propio. Esto me ha admirado siempre.

Porque al fin ¿este zelo de dónde puede nacer? Siendo , como lo supongo , impíos , no tienen para con las demás obligaciones de la Christiandad sino un oculto desprecio ; pero en orden à esta usan del language de los espirituales y perfectos : luego es necesario que en ello tengan algun propio interés; y vosotros sois muy advertidos para no dar desde luego en lo que este interés consiste, pues es facil de conocer; y por lo menos es cierto, que hablando de ese modo se ponen en posesion de vivir desenfrenadamente , no solo con seguridad , mas tambien (si puedo explicarme asi) con honra. Porque son , vuelvo

à decir , aquellos hombres que San Pablo pintaba à Timoteo , estragados en el principio de sus acciones , y cuya fé está como apagada ; hombres que tienen por pesado todo exercicio de Religion , y pretenden descargar de él. Con todo eso , porque no ignoran que la Comunión se ha mirado siempre como caracter especial de la Christianidad , y abandonarla à cara descubierta sería una especie de apostasía que con dificultad pudieran mantener ; por no llegar à ese extremo , y sacudir por otra parte el yugo que los incómoda , se hacen un velo de Religion de su misma irreligion , (yo no sé si me explico bien) y sacan la cara por esta máxima , que tira à desviarnos de Jesu-Christo por un afecto de temor y de respeto , para que así no se pueda hacer diferencia de ellos y de los Christianos mas ajustados , pues hablan como ellos , y parecen tan zelosos como ellos.

Pues mi intento es , que este language en boca de un licenciado no sirve sino de escandalizar à los flacos. ¿Por qué? Dadme un momento de atencion : porque viene à parar en dos cosas igualmente perniciosas , conviene à saber , en desacreditar igualmente las buenas y las malas Comuniones , (esta es la primera) y en apartar las almas , no solamente de la Comunión , sino universalmente de quanto hay santo en la Religion , (esta es la segunda.) Digo en desacreditar igualmente las buenas y las malas Comuniones ; porque como discurría excelentemente San Juan Chrysostomo , si al censurar la piedad fingida hay siempre peligro de desacreditar la verdadera ; le hay mucho mayor quando el que se introduce à ello es un espíritu impio , à quien no se le dá nada de confundir la una con la otra ; ó por mejor decir , no se declara contra la una ; sino porque secretamente es enemigo de la otra ; y está tan lejos de tener la cautela necesaria para discernir lo verdadero de lo falso , que parece no tira sino à destruir con lo falso lo verdadero. Pues lo que decía de la devoción este Padre , puedo yo decir con razon en lo que toca à la Comunión , y la misma experiencia lo confirma. Si es de temer que al condenar las malas Comuniones se consideren

tambien las buenas , mucho mas lo es quando el que se hace censor de ellas es un espíritu pervertido , que no tiene ninguna atencion verdadera ni à las buenas ni à las malas ; y no hace caso del perjuicio de las unas , quando declama contra las otras.

¿Y en efecto ¿en qué para el zelo malicioso contra que voy hablando ? ¿El zelo , digo , de los impios del siglo , que se sirven de él , y por ese camino inquietan las almas inocentes y justas ? ¿A qué se reduce este zelo ? A hacer en la Iglesia de Dios lo que antiguamente hacian los hijos del Sumo Sacerdote Heli , que retrafan à los hombres del sacrificio ; delito que detestaba el Señor , y fue causa de que le reprobase : *Peccatum grande nimis , quia retraherant homines à sacrificio Domini* : (a) O yá , si os gusta mas , à renovar lo que hicieron despues los Fariseos , à los quales por esta causa decia con indignacion el Salvador del mundo : ay de vosotros que cerrais à los demás el Reyno de Dios ; porque no entráis en él vosotros , y estorbais à los que pretenden entrar : *Vos enim non intratis , nec introeuntes sinitis intrare*. (b) Imagen sensible de lo que cada día se ve cumplido en la persona de estos mundanos , que habiendose apartado ellos por la dureza de su corazon del misterio divino , en que segun el pensamiento de San Cirilo nos está patente el Reyno de Dios , quisieran si les fuera posible excluir de él à todos los demás. Ved ahí en lo que se emplean , y aun lo que consiguen , quando miran de las personas que tratan de virtuosos bre sus Comuniones ; censurando su vida ; satyfizando su proceder , abultando sus mas leves defectos , no perdonandoles nada , y teniendo por delito quanto hacen. San Agustín con todo su entendimiento no se atrevia à condenar el uso de comulgar todos los dias : y un mundano temerario , y ciego en las cosas de Dios , le condena osadamente y sin dudar. El Concilio de Trento deseaba ver la frecuente Comunión restablecida en la Iglesia ; y el mundano quisiera

(a) 1. Reg. 1. v. 17. (b) Matth. 23. v. 13.

siera por el contrario exterminarla y destruirla. No penseis, amados oyentes míos, que pretendo por esto justificar qualquier frecuencia en la Comunión: hay algunas de que me lamento, pero dexo à Dios el juicio de ellas; quiero decir, hay Comuniones frequentes, pero infructuosas; frequentes, però tibias; frequentes, pero muy poco edificativas, y aun tales que pudieran escandalizar mas que edificar. Podrá ser que hable de ellas en otro discurso, y vereis bien que mi intencion no ha sido jamás apoyarlas. Por lo demás, he dicho que dexaba à Dios el juicio de ellas; porque tanto como temiera decir algo que favoreciese semejantes Comuniones, juzgáta que faltaba à lo que debo, si reprehendiera aun en un apice las Comuniones frequentes, pero fervorosas. Aquellas deshonran à Jesu-Christo, pero estas le glorifican; y como fulminaria un anatéma contra qualquiera que aprobase las Comuniones imperfectas y vanas, así le fulminaré siempre contra la disolucion, quando se levantáre contra aquellas que conducen à la santidad las almas, y de las quales el Hijo de Dios saca su gloria. ¿Quién podrá decir à cuántos Justos ha apartado el demonio, con este solo artificio, de los altares? ¿A cuántas esposas de Jesu-Christo ha inquietado en sus comunicaciones santas con el celestial Esposo? ¿A cuántas Comuniones, de que se hubieran regocijado los Angeles en el Cielo, ha puesto un género de entredicho en la tierra?

Digo mas: del retiro de la Comunión, si no se pone cuidado en guardarse de él, pasa el escándalo hasta abandonar y dexar los exercicios mas santos que se practican en la Christiandad; y este es el segundo reparo del Chrysostomo. Porque supuesto el principio de una humildad falsa y mal entendida, ¿qué consecuencias no se pueden sacar de él? ¿Y à qué exercicio de virtud no tiene un alma fiel tentacion de renunciar? ¿No sois digno, dice el Chrysostomo, de llegar à la mesa de Jesu-Christo, y sois digno de entrar en el templo de Dios? ¿Y sois digno de hacer oracion y de invocar à Dios? ¿Y sois digno de oír la palabra de Dios? ¿Y sois digno de ser admitido à la penitencia y al tribunal de la misericordia de Dios? ¿Y sois

dign-

digno de cantar con la Iglesia las alabanzas de Dios? ¿Y sois digno de asistir al sacrificio que se ofrece à Dios? Luego por la misma razon se habrá de abandonar todo esto; y la vista de vuestra indignidad, si puedo explicarme así, os habrá de tener en una especie de excomunion, en la qual en nada de lo que se llama culto y obligacion Christiana tendreis parte: *Sum inquis, indignus communione altaris: ergo & illa quoque communione, que in precibus est: ergo & illa, que in verbo Dei est.* Así concluia este Santo Doctór; y sin hablar de aquellas almas sencillas, cuya simplicidad puede ser engañada con esta ilusion, esté es el fruto que los licenciosos quisieran sacar de ella. Les fuera de gran gusto el extender à todas las obligaciones christianas estas palabras del Centurion, explicadas y viciadas segun su sentido: *Domine, non sum dignus.* Y como se valen de ellas por parecer (aunque tan desenfrenados) humildes y religiosos en no cômular, así pasando mas adelante se dieran el parabien de haber hallado medio de no asistir jamás en nuestras Iglesias por respeto, y de librarse por respeto de todas sus obligaciones. Pues este es, amados oyentes míos, el escándalo à que era menester hacer guerra. Perdonadme, si hablo de él con alguna vehemencia: me mueve el interés de Jesu-Christo y de su Religion. Que los Prelados de la Iglesia hagan leyes y ordenanzas contra los abusos de la Comunión, eso les toca, y yo lo respetaré siempre. Que los Sacerdotes y Pastores de las almas se apliquen à poner remedio en ello, ese es su ministerio, y para eso los ha establecido Dios. Que aun los particulares contribuyan à este fin segun la medida de la gracia que Dios les ha comunicado, empezando por sí mismos antes de extender su zelo à los otros, esto es lo que siempre me será de edificacion. Mas que unos mundanos, unos impíos, ciegos en las cosas de Dios; unos hombres quizá sin fé, intenten decidir la cosa mas importante que hay en la Religion, arreglarla, mezclar en ella sus errores, sus intereses y su impiedad; esto es lo que siempre condenaré, y en lo que sacaré la cara contra ellos. Apliquémonos, hermanos míos, (con vosotros hablo, Sa-

cer-

cerdotes de Dios vivo, y Ministros de sus altares, Seculares ò Regulares) apliquémonos á preparar al Señor un pueblo perfecto. Trabajemos unidos con los lazos de la caridad en convertir los pecadores, en perfeccionar á los Justos, en purificar las almas fieles, en hacerlas dignas del Sacramento de Jesu-Christo. En esto nos debemos emplear: esto nos debemos proponer. Porque (yo os lo digo, hermanos míos) jamás habrá en la Iglesia santidad, jamás estará la Christiandad bien reformada, sino por el buen uso de la Comunión. Discurremos quanto quisieremos, siempre será necesario venir á parar en estas adorables palabras del Salvador: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendreis vida en vosotros: *Nisi manducaueritis carnem filii hominis, non habebitis vitam in vobis*: (a) al contrario, quantos comieren este pan vivirá eterna-mente: *Qui manducat hunc panem, vivet in æternum*. (b) Vivirán en este mundo por la gracia, y en el otro por la gloria, &c.

(a) Joan. 6. v. 54.

(b) Ibid. v. 59.

SERMON PARA EL VIERNES PRIMERO de Quaresma.

Sobre la limosna.

Dum ergo facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritæ faciunt in Synagogis, & in vias, ut videantur ab hominibus.

Quando das limosna, no bagas que suene la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las Synagogas, y en los lugares públicos para ser honrados de los hombres. S. Matth. cap. 6. v. 2.

(*) MONSIUR.

Si el Evangelio condena aquellas almas vanas que pretenden contentar su soberbia, y hacerse reparables en sus limosnas, tambien, y con mas razon, y mucho mayor rigor, debe condenar aquellas almas endurecidas, que dexan padecer á tantos pobres como ven casi reducidos al ultimo extremo, sin cuidar de asistirlos en sus miserias, ni de remediar sus necesidades. Porque ¿no es este desorden mas digno de condenarse que aquel? Qué aprovechará, Christianos, enseñarnos la intencion que debéis tener al

(*) El Duque de Orleans, hermano unico del Rey.